mente está V. afectado; yo no quisiera pasar por las proposiciones que V. me hace, mas cuando, tengo una plena seguridad de ser electo Presidente, y V. será el Ministro de la guerra; por cuanto á las garantías que me pide, lejuro como caballero, que pasarian antes sobre mi cadáver que permitir que à V. se le tocará. Insistí en mis pretensiones: me fueron otorgadas al fin, y me retiré al seno de mi familia tranquilo, en cuanto que estaba seguro; sin dejar de ver una que otra vez al Sr. Robles, quien tuvo la bondad de hacerme una visita, que aproveché manisestándole, que en mi concepto, su situación por momentos se hacia mas difícil, y que cambiaria de aspecto en el acto, que leal, francamente y sin condicion alguna, se pusiera a disposicon del partido liberal, pues que no podria persuadirme que pudiera establecerse un término medio entre estremos tan agitados. El Sr. Robles eludió contestarme.

En los mismos términos hablé despues con un general que se hallaba muy cerca del Sr. Robles y que estuvo en consonancia absoluta con mis idas; pero me manifestó, que no tenia esperanza ninguna: hice lo propio con una persona mas allegada al indicado Sr. quien convino en lo mismo: con ésta persona me esplayé mas, rogándole dijera al Sr. Robles de mi parte, que así como habia sido yo la primera víctima de las difíciles circunstancias de aquella época, lo sería él despues, y luego Miramon, o cualquiera persona que se quisiese oponer al torrente de la opion pública; pues que el principio liberal porque se combatia habia de triunfar sin condicion.

En esos dias se acercó á mí un amigo, suplicándome que tuviese una entrevista con un comisionado del Sr. Zuloaga, nunca me he rehusado á hablar con quien quiera hacerlo conmigo. El comisionado se contrajo á ofrecerme toda especie de garantías en nombre del Sr. Zuloaga; con tal de que pusiese á sus órdenes los dos pequeños cuerpos que habian llegado conmigo á la Capital, y que se hallaban en la Ciudadela, á lo que manite: que no lo haría aunque estubiesen á mis órdenes: que no era así, pues que yo mismo los habia puesto á las del Sr. Robles. Pregunté que cuáles serían las garan-

elementos que yo mismo le habia dado, à lo que se me contestó: que de cualquiera manera no tendria ningunas, pues que si el Sr. Zuloaga podia, lo haria ahorcar. Escuchado esto, manifesté al comisionado, que aunque mi situacion era demasiado ruinosa, no habia de buscar mi salvacion con un hecho que probaria mi debilidad, cometiendo una horrible traicion, pues no era otra cosa el esponer al Sr. Robles á una desgracia, entregándolo en manos de sus enemigos, cuando vivia yo bajo sus garantías: de esto tubo noticia el mismo Sr. pues se lo mandé decir, escusando el nombre del comisionado.

Las personas de los círculos liberales de México se acercaron á mí varias veces, ecsitándome á ponerme al frente de las pocas tropas que habian venido conmigo de Puebla, para reconcer al supremo gobierno, lo cual no era posible, pues que aunque contaban con los señores Herrasti y Macías que en sus clases servian en los cuerpos, no era así, con los jefes principales, los cuales me habian dicho terminantemente, repetidas ocasiones, antes y despues de llegar a México, que no contara mas con ellos, y mucho menos para obrar de acuerdo con los puros, pues que no querian morir apedreados. Los señores Herrastri y Macías estaban bien vigilados, y no contaban con sus oficiales como ellos mismos crefan. Ultimamente, si por la conducta que observé en México en ese tiempo, se me hacen algunos cargos, tengo confianza en poderlos desvanecer, no dejando de figurar entre mis descargos, que por el sentido en que se habia recibido mi declaracion contra el Sr. Zuloaga, llamándole motin militar, y consignándoseme á una horca por el partido liberal, se me daba á conocer muy claramente que no se habia comprendido el fin que me propuse, ignorando por qué, pues era bien claro, así como que no se me acogia; de manera que por mucho tiempo estuvo indicado, mas bien dicho, determinado mi patíbulo, pues que, ó habia de ser ahorcado por los liberales en en la mas alta almena de un viejo obispado, ó fusilado á donde se me encontrara, por los reaccionarios, como voy a decir.

El caso es que el Sr. Miramon fué electo Presidente,

por una ridícula farsa, y que á pocos dias llego á la capital lleno de encono contra mi y el Sr. Robles; pero este Sr. supo calmarlo presentándosele y diciendole: se que viene V. muy incómodo contra mí, y que debo esperar que estalle su saña; solo quiero que me permita V. esplicarme en muy pocas palabras; yo no he hecho otra cosa que nulificar que el paso bárbaro de Echeagaray que nos iba á entregar con las manos atadas á los puros; y conociendo que la situacion era de V. se la he reservado: esto lo digo autorizado por un testigo, persona de categoría, El Sr. Miramon se calmó con respecto al Sr. Robles; pero se indignó mucho mas contra mí, dando órden inmediatamente al gefe de policía Lagarde para que me aprendiera y pasara por las armas en el acto: un amigo me lo comunicó y tuve que buscar un asilo seguro que me pusiera lejos de los alcances de ella, y lo entré en la casa del D. Fuche ciudadano Aleman: no tenia aquien acojerme: no debia pensar en otra cosa que en mantenerme oculto.

Algunas personas caracterizadas de los círculos liberales y amigos del Doctor, me decian que no hiciera caso de nada, y que prestara mis servicios al supremo gobierno: les manifesté que lo haria de muy buena voluntad, pero que necesitaba saber antes si se admitian, y que en ese caso se me comunicaran oficialmente las órdenes que yo debiera cumplir: se me ofreció por aquellos Sres. preguntar á Veracruz; pero entretanto fuí invitado á escribir algunas ideas sobre la defensa de la plaza contra la primera espedicion del Sr. Miramon, y sobre las operaciones de las tropas del intererior, lo cual hice.

D. Mariano Icaza, amigo mio, sin embargo de no profesar mis propias opiniones, se ocupaba incesantemente en calmar el furor que contra mí tenía el Sr. Miramon, lo que llegó á conseguir en algo, á costa de muchos irabajos, logrando que no se me persiguiera por entonces, aunque en esto habia frecuentes cambios, motivados por la mala fé del Sr. Miramon y de su gabinete, que me obligaba frecuentemente, á medida que se estrechaban las circunstancias, á cambiar de asilo, habiendo habiendo sido uno de ellos, la casa de S. E. el Ministro de Francia.

El Sr. Icaza opinaba de buena fé en mi favor, apoyándose en que habiéndome adherido al plan del Sr. Robles y hechándose en olvido para todos esta supuesta falta no habia justicia en que a mí se me persiguiese, cuando al Sr. Robles se le habia ascendido entregandole el mando de mi propia division, de la division de Oriente hablo, que por mí habia abierto sus filas y presentado sus armas en muestra de acogida y de honor, al mismo general. El repetido Sr. Icaza alegaba con vehemencia dando sus razones, pero nunca fueron oidas. Yo vivi por un año cercado de sobresaltos é inconvenientes de toda clase, sin mas garantía que la que me prestaba la caballerosidad del Sr. Icaza, resuelto enemigo de mis opiniones, pero no de mi persona, por la cual hizo cuanto pudo, con la mayor bondad. Conozco bien la impresion que causará el que yo me esprese así de un conservador bien conocido, pero me he propuesto hablar la verdad y no podria escusar esta, sin merecer el título de ruin y cobarde, callando los favores del único amigo que no me abandonó, cuando he dicho sin embozo todas las miserias de mis enemigos.

¿Tuve acaso la culpa de que el Sr. Robles no hubiera salido Presidente, y de que dejara caer de sus manos la situacion meramente suya, que yo mismo le había entregado, sacrificandome como una víctima? ¿la tuve de que el mismo Sr. hubiera renunciado su derecho, aunque sin voluntad, enagenando los muchos votos que tenia, avisando en el mismo acto de la votacion á la junta, que Miramon habia derrotado al Sr. Degollado en San Joaquin,? ¿y la tuve por último, en que el partido liberal no quisiera conocer el mérito de una accion que sin duda alguna habia desquiciado el poder conservador, cuando aquellos hechos y todos los posteriores han sido otras tantas pruebas de ello? permitaseme otra pregunta. ¡Hubo generosidad en obandonar á un hombre que habia sacrificado ante la opionion pública cerca de treinta años de servicio, todos sus honores, su porvenir y el de su familia....

Mi situacion no podia ser mas espantosa: mi vuelta á la reaccion, ni fué, ni será nunca, ni justa, ni convenien-

te, ni posible: mi conciencia la rechazó y la rechazará: mi adhesion al partido liberal: mis íntimos deseos de defender su causa y de sacrificarme por ella, han sido mi único pensamiento, y á fé que mis designios no se puede decir que fueran estraños ni nuevos; pues mas de una vez he contribuido á las glorias de la libertad nacional. Pero no hubo indulgencia conmigo, se me castigó con la indiferencia una falta que me ha conducido á mi ruina absoluta, en un país de revueltas en que las muchas políticas que han cometido infinitos de mis compatriotas, lejos de habérseles castigado, les han servido para elevarse, graduándose podia decirse así, sus méritos, por el número de sus faltas. Me escuso de hablar de muchos funcionarios de categoría que hay en la Nacion, que si no las han cometido de esta especie, no ha sido por otra cosa que por no haber tenido nunca ninguna clase de medios ni elementos de accion en sus manos, por distintas causas que son bien conocidas. ¿Qué hacer en las circunstancias en que me encontraba? Es fácil responder, esperar toda clase de violencias y atropellamientos por mis enemigos, sin otro recurso.

Se me aconsejó diversas veces que me saliera á incorporar con algunas fuerzas liberales, ¿podría tener seguridad de ser recibido dignamente, cuando el supremo gobierno no habia admitido mis servicios directa ni oficialmente, esponiéndome á eventualidades que atacaran mi propia dignidad como general de la República y como hombre? Varias veces pulsé algunos medios, como me será muy fácil probar, cuyos resultados afirmaron mis razones

Una vez fui invitado por personas de valer en los círculos liberales para ponerme á la cabeza de algunas tropas y causar la revolucion en México: sabia muy bien que de esta clase de hechos en apariencias bastante frecuentes, se habia sistemado un gran negocio de especulacion en el cual se consumian muy gruesas sumas, sin producir ventaja alguna, pues que las mas ocasiones los jefes y oficiales que se prestaban, lo hacian de mala fé; engañando frecuentemente á los agentes, que ponian á su disposicion elementos de guerra, de los cuales estaban

muy lejos de poder disponer; que estos mismos jefes y oficiales pedian el adelanto de cantidades, con el muy vulgar pretesto de arreglar las cosas, de comprar armas etc. etc., y que cuando se creía que todo estaba listo y que ya el movimiento iba á estallar, los mismos lo denunciaban: en estos términos me espresé con los señores que me hablaban, indicándoles mis temores de que sucediera lo mismo en el caso propuesto: y les manifesté tambien, que en mi concepto hubiera sido muy necesario y conveniente al partido liberal, ordenar su directorio de otra manera, pues que como estaba no habia de producir ningun regular efecto. Al hacer esta referencia fué porque sabia que abundando en buena fé, como debia creerse, los directores, no se notaba en ellos ni un verdadero plan de conducta, ni tampoco la union y reserva necesaria, ni menos un director militar que se hiciera cargo de la parte importante de la revolucion á mano armada, y que para esto creía dos circunstancias de todo punto indispensables, siendo la primera: que se escojiera el jese director, no de entre aquellos que se habian propuesto medrar de los mismos conflictos del partido liberal, manejando propiamente los fondos; sino uno que diera las garantías suficientes por sus antecedentes, y que permitiera que los espresados fondos quedasen al manejo y responsabilidad de un empleado de hacienda nombrado por el supremo gobierno, que causionara su manejo: y que el jese nombrado debiera salir de la capital para dirijir desde sus cercanías la revolucion que debiera estallar en ella, pues que hallándose dentro, la esperiencia habia acreditado que era imposible. Se me dijo, que mis ideas eran buenas pero irrealizables, porque la discordancia que se notaba entre los agentes, consistia en no ser todos nombrados por el supremo gobierno, sino por este y aquel caudillo de la revolucion. Volviendo á la proposicion que se me había hecho, dije, despues de alguna discusion: que yo no tenia elementos de guerra propios, pues era notorio que el ejército se habia manifestado sin fé alguna en mis opiniones y hechos; pero que si no se necesitaba de los elementos que yo debiera llevar, aceptaría con una condicion, que consistia,

en que nadie de los comprometidos habria de saber que yo me ponia á la cabeza de la revolucion, sino hasta el acto mismo en que fuera a estallar, en que me hallaria presente: se aceptó mi propuesta, quedando desde luego comprometida solemnemente mi palabra: se quiso depositar en mi poder una suma de 11.000 pesos, á lo que me negué. Se me dijo despues, que se habia presentado un general que ofrecia elementos propios; yo manifesté que debia aceptarse, pues que como he dicho yo no los tenia, pero que siempre me pondría á sus órdenes; últimamente, se me avisó que los elementos que decia tener aquel general eran falsos, y que en consecuencia se deseaba saber si yo rectificaba mi compromiso, y que en tal caso era indispensable que me hiciera conocer por el jefe que habia de ser mi segundo en la accion. Ratifiqué mi compromiso, y dandoseme a conocere el spresado jefe cuya persona me daba demasiadas garantías, convine en que se me presentara, lo verificó, quedando en completo acuerdo, pendiente solo de que se me avisaría oportunamente la ocasion.

Llegó el momento: se me avisó: salí de mi casa á llenar mi compromiso: encontré á Lagarde que no me aprehendió, porque hasta aquel momento no estaba en autos, como lo estuvo poco despues, porque todo fué denunciado por un tal Mellé, oficial de artillería comprometido en el movimiento, y á quien se le habia dicho que yo me iba á poner á la cabeza, faltando así á mi espresa condicion: tuve necesidad de ocultarme cuanto fué posible; algunas cosas se presentaron accidentalmente como pruebas en contra de la vil denuncia de Mellé, mientras en la mia solo aparecia una delacion vaga.

En esos dias un amigo me propuso, de muy buena fé, que para salir del estado violento en que me hallaba, ó desmentia públicamente el hecho de que habia sido denunciado, ó ponia una carta al Sr. Corona, ministro del Sr. Miramon, quejándome de los manejos que conmigo se tenian, ó que suscitara una entrevista con el mismo Sr. Corona, que estaba cierto no rehusaría: me negué á estas propisiciones, quedándome el sentimiento de no haberme podido esplayar con el amigo, quien volvió á verme

con el mismo empeño que siempre tuvo por mi suerte, à manifestarme: que contara plenamente con toda especie de garantías del gobierno de Miramon, ofrecidas al mismo por Corona, y que podia retirarme tranquilo al seno de mi familia. Este amigo era D. Mariano Icaza, à quien dije: que de ninguna manera creía de buena fé las garantías ofrecidas. ¿Creé V. en las mias? me contestó. Si; y me retiré à mi casa.

El Sr. Icaza fué burlado, pues que á pocos dias la policía de Lagarde, llevada por uno de ellos, me arrancó del hogar doméstico y me condujo á la diputacion por órden del Sr. Corona, emanada de la que habia recibido de la esposa de Miramon.

Muy poco tiempo despues llegó este Sr. á México y se ocupó en disponer la segunda espedicion á Veracruz. En esas circunstancias se me presentó D. Pedro Chabot amigo de S. E. el Ministro de Francia, en nombre de dicho Sr. manifestándome: que interesado por mi suerte, y penetrado de que se obraba injustamente conmigo, se habia presentado S. E. al Sr. Corona pidiéndole con encarecimiento mi libertad: que habia encontrado en aquel Sr. la mejor disposicion, sabiendo por él que habia la misma por parte de Miramon, quien estaba decidido á emplearme segun mi categoría, en la espedicion que iba á efectuarse, pero que para ello necesitaba antes asegurarse de que yo admitiria el empleo que se me diera en el servicio, espresándome el Sr. Chabot los deseos que S. E. el Ministro de Francia, tenia por el cambio de mi situacion, creyendo que habia llegado el caso. Por el mismo conducto contesté á S. E. que agradeciendo debidamente sus buenos oficios para conmigo, y respetando su opinion, le manifestaba franca y lealmente que estaba muy distante de prestar algun servicio á Miramon, y mucho menos llevando la guerra á la plaza de Veracruz, adonde se hallaba el gobierno nacional, con quien habia hecho todo lo posible para reconciliarme, y aun insistia en la propia idea.

Esta fué la causa porque á pocos dias al bajar Miramon para Veracruz, me hizo conducir con otros compañeros de armas y de desgracias, todos de las pri-

meras categorías del ejército, del verdadero ejército, no de la faccion armada por la reaccion, á la fortaleza de Perote, tratándonos de la manera mas soez, y con el designio de consignarnos á los calabozos de San Juan de Ulúa para siempre, sin permitirnos ni aun el triste recurso de abandonar la pátria para ir á perecer de miseria al extrangero; creyendo néciamente que la plaza de Veracruz se habia de tomar, lo cual no sucedió, porque no podia suceder, pero era cosa que se tenia por tan segura, que los escritorcillos de México habian impreso un cartelon que tenian dispuesto, en el que se repetia hasta el fastidio el ridículo tema: VERACRUZ HA SUCUM-BIDO. Perdida, pues, la esperanza de dejarnos en Ulúa, se nos condujo á Mexico, encerrándonos en Santiago Tlaltelolco, adonde cumplí ocho meses de prision, sin que en ésta ni en las otras, hubiera contado con auxilio de ninguna clase, lo mismo que en el año que estuve mas ó menos oculto, ni yo lo hubiera admitido ciertamente de la reaccion, pues que tampoco lo acepté ni aun del supremo gobierno, como lo probaré con el siguiente caso.

Un dia se me presentó una persona del partido liberal, diciéndo: que el gefe de un círculo del mismo partido, habia recibido órdenes del gobierno para ausiliarme mensualmente con lo que se pudiera, y que por entonces estaban á mi disposicion 200 pesos de los que podia disponer en el acto. Contesté: que viviría reconocido al supremo gobierno por una accion tan generosa, pero que no admitiria de ningun modo los ausilios que se me ofrecian, por no haberle prestado ningun servicio en la epoca, y que en consecuencia no queria serle gravoso.

La mayor parte de los liberales conocen bien la prision de Estado ó mejor dicho el presidio de Santiago Tlaltelolco, por lo que me escuso de decir lo que en ella se sufre: mi pensamiento fué siempre el de evadirme; pero eso, tanto cuanto hubiera sido fácil si todos los presos lo hubieramos convinado, era difícil hacerlo aisladamente; de modo que todas las intentonas de fuga que quice realizar, fallaron por distintas causas. Conocí que sin dinero nada podia hacerse: interesé á mis pocos amigos á que me reuniesen alguna cantidad, pero como no

daba seguridades para el pago, la cosa quedó reducida á una completa nulidad, hasta que un buen amigo de Veracruz me autorizó para que lo presentara como garantía á los prestamistas, lo cual hice, y pude reunir la suma suficiente, de la cual me libro la de trescientos que pagué en el acto, quedando pendiente lo restante, por no haber tenido recurso con que pagarlo. S. E. el general de division D. Tomás Moreno que estaba en absoluto acuerdo conmigo para evadirse tambien, habia á costa de muchas súplicas reunido entre sus amigos 500 pesos, que se aumentaron á la suma dispuesta para nuestra evasion. Nuestros amigos de la capital nos buscaban con empeño la ocasion de fugarnos, y á muy pocos dias ya era un negocio mercantil, con buenos y malos postores y corredores; así es, que se hizo bien público, al grado que no sé como no llegó á saberlo la policía de Lagarde, pues habia habido algunos denuncios de los postores que se habian desechado por sus impertinentes proposiciones: una de ellas fué la de un jefe que fungia de 2. en aquel fatal establecimiento, quien tuvo la audacia de pedir por la evasion del Sr. Moreno y mia una suma exhorbitante, en consecuencia fué desechado; pero sus agentes que eran empleados de la misma prision se aprovecharon del secreto, arreglando el negocio por menos cantidad, cuyos recibos tengo en mi poder por duplicado, con otros pertenecientes a distintos gastos, como ausilios á un jefe que nos acompaño, pago de guías y otros que están documentados. Todo se arregló con muchas dificultades y riesgos, llevando el grande sentimiento de dejar á nuestros compañeros de prision que eran muchos, por falta absoluta de tiempo, el cual fué tan preciso que si cinco minutos mas nos hemos dilatado, no hubieramos podido salir; pues que aunque la guardia de la prision quedó encerrada en un tránsito, dejando libre la azotea, no sucedia lo mismo con el retén que subia del presidio, pues que todavia no habiamos acabado de bajar, cuando el espresado retén con uno de los ayudantes entraba de servicio ocupando la azotea.

Retirándonos de Santiago, tuvimos que atravesar la mayor parte de la ciudad, despues de la una de la maña-